

proscripcion de los Caballeros, por las grandes posesiones que tenia en África, hallándose ausente, fué inserto por Publio Volumnio, comandante de los ingenieros de Antonio, en la lista de los proscriptos; mas Ático le libertó: en cuyo hecho no es fácil distinguir qual fué mayor en aquellas circunstancias, el trabajo, ó la gloria; pero hizo ver que de la misma forma se interesaba en los peligros de los amigos ausentes, que en el de los presentes.

XIII. Era no ménos buen padre de familia que buen ciudadano; pues siendo muy adinerado, nadie fué ménos comprador ni edificador que él. Y no se infiera de esto que su habitacion era incómoda, ni que se privó de las cosas mejores; porque tuvo su casa Tanfilana en el monte Quirinal, heredada de su tío, cuya belleza, mas que en el edificio, consistia en el jardín. La casa era antigua, de mas gusto que coste; y nada mudó en ella sinó lo que por ruinoso era preciso renovar. Su familia, juzgándola por la apariencia, apenas parecia mediana; pero si por la utilidad, era excelente. En ella habia criados literatísimos, insignes lectores, y muchos libreros: de suerte que ni aun tenia lacayo que no pudiese hacer muy bien estos oficios. Lo mismo digo de los demas que

requiere el servicio doméstico, que eran á qual mejor; con la particularidad de ser todos nacidos y educados en su casa: lo que acredita su moderacion, y tambien su diligencia; pues moderacion debe llamarse el no apetecer destempladamente lo que se ve poseer á otros; y el proveerse de las cosas mas con la diligencia que por dinero, no es pequeña habilidad. Era elegante, no magnífico; espléndido, no gastador; procurando cuidadosamente el aseo, sin afectarle. Sus muebles eran moderados, de manera que no pecaban en poco ni en mucho. Lo que no callaré, por mas que á algunos parecerá menudencia, es que siendo un Caballero espléndido, y que con generosidad daba mesa á varias gentes de todas clases, consta de sus cuentas diarias que no gastaba al mes mas de dos mil reales: y esto lo sé de cierta ciencia, no de oidas; porque habiendo sido su amigo, intervine muchas veces en sus asuntos domésticos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Terna millia æris es una fórmula de hablar que ha embarazado infinito á todos los expositores. La han dado mil vueltas, y segun su costumbre en todos los pasos difíciles, la han dexado tan confusa ó mas que estaba. Si por æris se entienden ases ó sesteracios, siempre queda una suma demasiado pequeña para Ático, porque solo llega-

ria á unos dos mil reales, como yo he traducido. Dexando pues toda investigacion inútil, bastará que el lector se haga cargo de que la mente del autor es dar una idea del buen orden y economia con que Ático gobernaba su casa, viviendo espléndidamente con un gasto con que otros no lo sabrian hacer.

XIV. En ningun convite suyo se oyó representación ni sinfonía jocosa, sinó algunas recitaciones serias; lo que á mi gusto era sumamente agradable. Nunca se cenaba en su casa sin leer algo, para que sus convidados, que siempre eran los que mas se conformaban con sus costumbres, recreasen el alma no ménos que el paladar. Aunque se acrecentó mucho su hacienda, no por eso alteró su ordinario tratamiento y modo de vivir: y fué tal su moderación, que quando no tenia mas que los dos millones de sestercios que le dexó su padre, se trató sin mezquindad; y quando poseyó diez millones en nada aumentó su luxô, manteniéndose en igual pie en ambas fortunas: no tuvo quinta deliciosa, ni granja alguna suntuosa cerca de la Ciudad ó en la marina; ni en Italia poseyó mas que las dos haciendas de Nomento y Ardea. Sus rentas, todas en dinero, provenian de casas y censos en Roma, y de haciendas en Epiro. De todo se infiere que usaba del dinero, no conforme á su abundancia, sinó á la razon.

XV. Nunca decia mentira, ni la podía sufrir. Su afabilidad participaba de lo serio, pero su misma seriedad se mezclaba con la dulzura; de modo que dificilmente se distinguia si era

mas amado que respetado de sus amigos. Quando se le pedia un favor lo pensaba ántes de prometerle; pero una vez prometido, era inviolable su palabra; juzgando ser ligereza, y no generosidad, prometer lo que no se puede cumplir: y en executar lo prometido ponía tanta diligencia, que no parecia trataba de un encargo, sinó de un asunto propio. Nunca se arrepintió de haber tomado sobre sí negocio alguno; y en executarle bien creía empeñado su honor, del qual era amante zelosísimo: por lo que se veia siempre cargado de las dependencias de los Cicerones Marco y Quinto, de Caton, Mario, Hortensio, Torquato, y de otros muchos Caballeros Romanos; pudiéndose inferir de esto, que si se abstuvo de los empleos públicos, no fué por desidia, sinó por reflexión juiciosa.

XVI. No se puede citar mayor prueba de su buen carácter que la de haber agradado tanto en su mocedad á Sila ya viejo, y en su vejez á Bruto jóven. Con sus contemporáneos vivió de manera que no se puede decir con que edad se sabia acomodar mejor. Entre todos fué amado particularmente de Ciceron, que le trataba aun con mas intimidad que á su hermano Quinto: de lo qual son prueba, ademas de las obras

que andan públicas, en que hace mención de él, los diez y seis libros de Cartas escritas á Ático desde el tiempo de su Consulado hasta su muerte: donde hallará el que las lea poco que desear para una historia ordenada de aquellos tiempos. En ellas están descritos los manejos de los principales, los vicios de los caudillos, y las mutaciones de la República, de manera que nada se dexa de descubrir: conociéndose fácilmente que la prudencia es en algun modo profecía; pues Ciceron, no solo adivinaba lo que iba sucediendo en sus días; sinó que como profeta vaticinó lo que hoy mismo está pasando.

XVII. En quanto á la veneración que tuvo á sus padres, no hay para que detenerme; bastando decir lo que yo mismo le oí en las exequias de su madre, que murió de noventa años, teniendo él sesenta y siete; pues se alabó de que nunca tuvo que reconciliarse con ella, ni riñó con su hermana, que era casi de su misma edad. De esto se infiere que jamas hubo disension entre ellos; ó que la indulgencia con los suyos era tal, que no le permitió enojos con quien solo debia profesar amor. Y no lo hacía solo por el impulso natural á quien todos obedecemos, sinó tambien por principios de fi-

losofía, en los quales estaba muy bien impuesto, usándolos, no por ostentacion, sinó para el arreglo de la vida.

XVIII. Fué grande imitador de las costumbres de los mayores, y amator de la antigüedad: de la que hizo tal estudio, que la expuso toda en el libro que escribió ilustrando las Magistraturas. No hay ley, tratado de paz, guerra, ni cosa memorable del Pueblo Romano que á su tiempo no esté registrada en aquel libro: y lo que es mas difícil, entretexe de tal modo el origen de las familias, que se puede venir en conocimiento de las descendencias de los claros varones. Esto mismo hizo en otros libros separados, como por exemplo, á instancias de Marco Bruto formó la genealogía de la familia Junia desde su origen hasta nuestros días, notando en cada qual de quien era hijo, los empleos que obtuvo, y en que tiempo. Del propio modo procedió con las familias Marcela, Cornelia, Fabia y Emilia, á instancias de Marcelo Claudio, Cornelio Scipion, y Fabio Máximo: libros todos que no pueden ser mas agradables para los que desean tener alguna noticia de los hombres insignes. Tambien gustó un poco de la poesía, para no carecer, segun yo creo,

de su deleyte; y formó en verso los elogios de aquellos personajes que sobresaliéron entre los demas Romanos en honor y grandeza de acciones; de manera que en quatro ó cinco versos comprehende los empleos y hazañas de cada uno; siendo incomprensible cómo pudo exponer tantas cosas tan concisamente. Compuso ademas en griego un libro del Consulado de Ciceron.

Hasta aquí tenía yo escrito y publicado viviendo aun Ático. Ahora, ya que la fortuna quiso que yo le sobreviva, continuaré lo que falta; y en quanto dependa de mí probaré á los lectores con exemplos la máxima que apunté arriba, de *que las costumbres de cada uno labran su fortuna.*

Ático, pues, aunque por su familia no era mas que Caballero, ni envidiaba otra clase, llegó á emparentar con el Emperador Augusto, habiendo ántes conseguido su amistad, no por otra cosa que por el trato noble con que habia cautivado á los principales Ciudadanos, iguales á aquel en nacimiento, pero inferiores en buena dicha. Tanta ha sido la prosperidad de Augusto, que la fortuna no le ha rehusado nada de lo que ántes confirió á otros, juntando en él lo que nunca juntó en ningun Ro-

mano. De Agripa y de la hija de Ático nació á este una nieta; con la qual, teniendo apenas un año, hizo Augusto que contraxese esponsales su alnado Tiberio Claudio Neron, hijo de Drusilia: cuya union, estrechando el parentesco, aumentó entre ellos la familiaridad.

Aun ántes de estos esponsales, quando Augusto estaba ausente, jamas escribió á los suyos sin escribir tambien á Ático, informándole con exáctitud de lo que hacia, de lo que leia, en qué parte estaba, y cuánto se detendria en aquel lugar. Quando se hallaba en Roma, y por sus infinitas ocupaciones no le era posible gozar de la compañía de Ático tan á menudo como quisiera, no dexaba pasar dia sin escribirle, unas veces consultándole algun punto de antigüedad, otras proponiéndole asuntos poéticos, y muchas provocándole con jocosidades á que le escribiese cartas mas largas: de lo qual nació la ocasion, que aprovechó Ático, para advertir á Augusto hiciese reparar el templo de Jove Feretrio en el Capitolio, fundado por Rómulo, que por viejo y descuidado estaba ya sin techumbre, y se venia á tierra. No era menor la amistad con que Marco Antonio, ausente, le distinguia; pues aun desde tan lejanos paises le informaba con exác-

titud de lo que hacia, y de las cosas en que se ocupaba. Quan difícil sea esto, mejor que decirlo yo puede apreciarlo quien sepa dar su valor á la prudencia que se necesita para conservar á un tiempo el trato y amistad con los que no solo se disputan el supremo poderío, sinó que se tienen todo el odio y malas ausencias que era necesario reynasen entre dos, que como Augusto y Antonio aspiraban, cada qual de por sí, al principado, no solo de Roma, sinó del orbe entero.

Habiendo Ático llegado con este tenor de vida á cumplir los setenta y siete años, aumentando hasta una vejez tan avanzada no ménos su estimacion que sus bienes (pues por sola su bondad logró muchas herencias) con tan próspera salud, que en treinta años no necesitó medicina, le sobrevino una enfermedad, que al principio él y los médicos despreciaron juzgándola pujos, para la qual proponian remedios prontos y fáciles. Pero habiéndose pasado en esto tres meses sin mas dolores que los que le causaba la cura, de repente le acudió tanto mal á un intestino, que al último se le abrió en la espalda una fistula virulenta. Antes que esto le sucediese, pero despues que experimentó se le avivaban cada dia mas los do-

lores, añadiéndose calentura, mandó llamar á su yerno Agripa, y con él á Lucio Cornelio Balbo, y Sexto Peducéo. Viéndolos entrar, se afirmó sobre el codo, y les dixo: »No es necesario gaste yo muchas palabras en exponeros las diligencias que en este último tiempo he practicado para recuperar mi salud, »habiendo sido vosotros testigos de ellas: y »pues en esta parte juzgo estareis satisfechos »de que no he omitido cosa que pudiese conducir á sanarme; ahora me resta solo tomar »mi partido. No quiero ignoreis he resuelto »no dar mas pábulo á mi mal; pues con el »alimento que he tomado estos dias, aunque »he alargado el vivir, he aumentado mis dolores, sin esperanza de remedio. Por tanto os »pido, primero, que aprobeis mi determinacion, y al fin, que no os canseis inútilmente »en disuadímela.»

Dicho esto con tal entereza de voz y semblante, que mas parecia iba á mudar de casa, que á dexar la vida; como Agripa le rogase y suplicase con lágrimas y abrazos no quisiese acelerar aquello á que le forzaria la misma naturaleza, y que pues aun había esperanza de remedio, se conservase para sí y para los suyos; no tuviéron estas súplicas mas contes-

racion que un silencio obstinado. Habiéndose abstenido de todo alimento dos dias, le faltó de repente la calentura, y comenzó á mino- rarse el mal; pero él sin embargo continuó en su propósito, y murió al quinto dia de haberle puesto en práctica, en el penúltimo de marzo, siendo Cónsules Cneo Domicio y Cayo Sosio. Fué conducido su cadáver en andas ordinarias, sin ninguna pompa fúnebre, como él lo habia prescrito, acompañándole todos los buenos, y una infinidad de gente plebeya: y le diéron sepultura junto al camino Apio, quinta milla fuera de la Ciudad, en el monumento de Quinto Cecilio su tio.



